

EN LOS LÍMITES DE LA FICCIÓN

Roberto Bolaño murió el 14 de julio de 2003. No recuerdo gran cosa de aquel día. Supongo que haría calor y que los perros, comidos por las pulgas y el hambre, aullarían toda la madrugada a la luz desnuda de farolas amarillentas. Ni siquiera un recuerdo, una simple suposición a partir de la fecha del deceso y de mi experiencia de más de veinte veranos en estas tierras abrasadas en las que habito. Sí, recuerdo leer algo por encima, en la edición del día siguiente de *El País*. No presté mucha atención: titulares con la muerte haciendo referencia a un trasplante de hígado que nunca llegó y dos artículos de opinión en los que se glosaba, como no podía ser de otra forma, las cualidades literarias y humanas del finado, se contaban anécdotas que empezaban con frases como “si Roberto aún viviese nunca contaría esto...” o “una noche de verano con más ginebra que estrellas, Roberto me contó...”, frases destinadas a crear complicidad con el ocasional lector, dirigidas a que los conocidos soltasen una risita de comprensión o acaso una lágrima de añoranza. Como digo, leí un poco por encima y pasé a la siguiente página. Aún así apunté en mi libreta de “cultura pendiente”, como la llamaba pomposamente, el nombre de Roberto Bolaño para comprar algún libro en el futuro. Si hubiese sabido todo lo que iba a suceder unos años más tarde, hubiese recortado aquellas hojas, habría comprado todos los periódicos de aquel día, habría sacado del banco mis exiguos ahorros y me habría plantado en Cataluña, buscando como un demente iglesias o tanatorios o capillas en las que se estuviese despidiendo a un chileno con gafas recientemente fallecido.

No recuerdo cuando ni donde compré *Los detectives salvajes*. Supongo que sería en la Casa del Libro o en la Fnac, que era donde solía comprar carretillas de libros que me llevaba a mi habitación, como un monstruo que ha robado un montón de niños huerfanitos y se retira a su cueva húmeda y putrefacta a sabo-

rear las tiernas carnes en soledad y con deleite. Sí sé, como ya he dicho antes, que apunté el nombre de Roberto Bolaño en una libretita donde iba anotando los nombres de escritores que no conocía y que morían antes de los sesenta, de películas desdeñadas con apasionamiento por ciertos críticos y de grupos de rock que se ponían nombres que yo consideraba interesantes. Esas eran mis directrices culturales. Muertos prematuros, injuriados e ingeniosos: literatura, cine y música.

Me había ocurrido antes. Es decir, no fue mi primera vez. Me había pasado con Bob Dylan a los catorce años. Compré uno de esos discos recopilatorios, con la promesa en la portada de ser lo mejor del artista en cuestión. Tras las primeras escuchas entendí que a aquel tipo de nariz judía y pelo ensortijado y rebelde había que entenderle, es decir, que tenía que entender lo que estaba cantando. Así que corrí a la tienda y me compré varios libros con las letras traducidas (aún recuerdo aquellos libritos envejecidos, con la traducción, en todos ellos, de Alberto Manzano) y una novela que había escrito en los años sesenta llamada *Tarántula*. Volví a casa, presioné el play del equipo de música y fui leyendo la traducción de aquello que iba cantando Bob Dylan. En seguida lo sentí. Es difícil de explicar, pero todas aquellas personas que lo hayan sentido alguna vez lo entenderán fácilmente. Es la sensación de que aquellas canciones estaban hechas para mí. Que cuando Dylan las escribió, lo hizo con el único propósito de que yo las escuchara algún día. Es como sentir que Bob Dylan te está cantando al oído, solamente a ti, que tú eres el único destinatario de esas frases. Cuando finalizó el disco, me fui a la cama excitadísimo, como si hubiese descubierto un secreto, como si de pronto todo recobrase el sentido. Ya en la cama abrí la novela *Tarántula* y comencé a leer. Al principio no entendía nada. Todo me parecía un galimatías sin sentido. Hasta que llegué a una frase que me dejó petrificado en la cama. Busqué ansiosamente en la mesilla que había junto a la cama, revolví calcetines y calzoncillos, hasta que encontré un cuaderno de tapas azul celeste en la que, escrito a bolígrafo, ponía: "Las huellas perdidas del paso del tiempo". Mi libro de poesías. Poemas sin rima ni sentido, que hablaban de suicidios adolescentes que nunca se consumaban, de niñas con el pelo de colores y de lo lento que pasaba el tiempo para mis exigencias púberes. Y allí, en una hoja a cuadros adornada

con dibujos infantiles, había una frase escrita con una letra que reconocía como la mía, prácticamente igual a una de las que había mecanografiado Bob Dylan para su *Tarántula*.

No recuerdo la frase exacta. Sé que hablaba de tejados de pizarra negra por los que se deslizaba la lluvia. Sí recuerdo que aquella noche no dormí, enfebrecido por mi intoxicación *dylaniana* y la reciente creación de un hilo invisible que me uniría, para siempre, al genio de Minnesota.

Roberto Bolaño publicó *Los Detectives Salvajes* en 1998, cinco años antes de su muerte en 2003. Yo leí aquella novela en 2005, cuando las loas a la obra del chileno empezaban a tener ecos mundiales. A medida que iba leyendo el libro, aquella vieja sensación que había sentido con las canciones de Bob Dylan se reprodujo. Ya no era solamente que aquel libro estaba destinado a mí, que por mucho que figurase en las listas del *New Yorker* como uno de los mejores libros de la década, aquel manuscrito me pertenecía en exclusiva a mí, también era la sensación de que el tipo que había escrito aquello era mi amigo, un íntimo amigo al que jamás había estrechado la mano, pero uno de los mejores. Una sensación de lugares conocidos, de pensamientos paralelos, de vivencias compartidas. Cuando finalicé el libro mi único afán era hablar con aquel señor despeinado y con gafas que figuraba en la contraportada como autor, sin tener en cuenta mis criterios para elegir cultura: muertos prematuros, desprestigiados e ingeniosos. No me rendí. Si no era con él, tendría que hablar con sus amigos, con su mujer (si estaba casado, que no lo sabía), con sus hijos (si los tuviera), con quien fuese que en algún momento previo a su muerte hubiese tenido contacto con Roberto Bolaño.

Escribí cartas que nunca fueron contestadas; realicé llamadas telefónicas que se detenían en hilos musicales infames durante minutos interminables; envié e-mails que se perdían en el limbo inexpugnable de la tecnología. No critico a nadie por ello. Visto con perspectiva, mis mensajes deberían de tener la pinta de ser enviados por un vidente (aún más) enloquecido, por un iluminado que creía ver conspiraciones y juegos alambicados en las pala-

bras escritas hace años por una persona muy querida para los receptores de mis mensajes. Porque iban dirigidos a Jorge Herralde, Rodrigo Fresán, Juan Villoro e incluso a Carolina, la mujer de Roberto Bolaño.

Con el tiempo la fiebre pasó. Seguí con mi vida, seguí escribiendo poemitas inofensivos que nunca veían la luz del día y me puse a estudiar Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid. De vez en cuando releía pasajes de *Los Detectives Salvajes* y la turbulencia en el torrente sanguíneo, la pulsión de volver a los e-mails, las cartas, las llamadas e incluso un proyecto de viaje a Cataluña para llamar a las puertas de aquellos que se negaban a contestarme, volvía con furia contenida. Cerraba el libro e intentaba conciliar el sueño.

En segundo de carrera, cuando la enfermedad si no desaparecida por completo, sí daba señales de agotamiento, conseguí un empleo como becario en la biblioteca de la Facultad. Todas las tardes, de cuatro a ocho, me dedicaba a entregar libros a chicos con el flequillo sobre los ojos y a chicas con la voz estridente que se reían entre dientes de su propia estupidez. Como trabajador de la biblioteca, tenía acceso a los datos de todos los alumnos, profesores y personal de la Universidad. Así fue como una tarde, dejando pasar el tiempo curioseando entre los nombres de los usuarios de la Biblioteca de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid, me encontré, entre aquella maraña de nombres, uno que hizo que el corazón me diese un vuelco: Ulises Lima.

Ulises Lima es uno de los protagonistas de *Los Detectives Salvajes*, junto a Arturo Belano (a su vez *alter ego* del propio Bolaño) Intenté serenarme, razonar reposadamente y buscar la explicación más lógica y posible: simple casualidad. Ulises era un nombre poco común, sí, pero no descartable. Y Lima parece un apellido normal y corriente, en ningún caso suficiente para hacer saltar todas las alarmas y hacer que aquella fiebre ya lejana volviese y lo hiciese reclamando intereses. Revisé la ficha. Nacionalidad: Mexicana. Categoría: Personal. En personal cabían todos los miembros de la Facultad exceptuando a los alumnos: profesores, bedeles, secretarías, personal de mantenimiento, camareros de la cafetería, personal de la copistería. Todos.

Pero no fue aquello lo que hizo que mi corazón volviese a bombear sangre como si hubiese corrido los cien metros en menos de diez segundos. Fue la nacionalidad. México. Lugar donde transcurre gran parte de la novela y de donde es oriundo, según el propio libro, Ulises Lima.

Terminé a duras penas mi jornada laboral, con el alma en la boca, equivocándome al presionar las teclas y olvidándome de pasar el aparatito para evitar que los libros pitasen como locos al sobrepasar las puertas protectoras de la Biblioteca, llorando como niños arrancados de los brazos de sus madres. ¿Qué hacía allí Ulises Lima? (Porque yo, abandonado ya a la fiebre y a la paranoia sin posibilidad de vuelta atrás, había decidido que aquel Ulises Lima, mexicano, que figuraba como Personal en las fichas de registro de la Biblioteca, era el mismo Ulises Lima que habitaba las páginas de un libro que había devorado unas cuantas veces) Pensé primero que sería profesor. De Literatura sudamericana, explicando la historia de los real visceralistas, leyendo poemas de Cesárea Tinajero, criticando lo acomodado del mundo literario (seguía dentro del laberinto de mi propia locura, sin saber que todo aquello era ficción. Nombres inventados por un chileno que había muerto tres años atrás).

Fui hasta la secretaría y pregunté muy educadamente por el despacho del profesor Ulises Lima. Una señora con las gafas haciendo equilibrio en la punta de la nariz me miró desde abajo, comprobó una hoja y me comunicó secamente que allí no había ningún profesor Ulises Lima. Es que verás, señorita, trabajo en la biblioteca y me tengo que poner en contacto con el señor Ulises Lima, que figura como usuario de la misma, al respecto de un libro que tiene que devolver. Se subió las gafas con el dedo corazón (en un gesto que podría ser interpretado como ofensivo) y carraspeó un poco. ¿No figura su teléfono u otra forma de ponerse en contacto con ese tal Lima? Otro dato a tener en cuenta: en la ficha no figuraban datos de domicilio, ni teléfono de contacto, ni e-mail. No, no hay ningún dato. Solamente el nombre, la nacionalidad y que está dentro de la categoría de personal. ¿De dónde pone que es ese misterioso Ulises? De México, señorita. Sonrió de medio lado de una forma enigmática, para añadir: Ya sé quien es. ¡Profesor dice! Es el tipo que

se encarga de arreglar cosillas por aquí. Ya sabes los enchufes, la calefacción o cualquier otra cosa. Trabaja en el turno de mañana, de nueve a cinco. Mañana a las nueve le puedes encontrar en la sala de mantenimiento. Muchas gracias señorita. Pero ya no me miraba a mí, fijaba sus ojos en algún punto muy lejano detrás de mí, con ojos ensoñadores y profundos suspiros.

Durante el trayecto a casa en el tren, intenté imaginar cómo había acabado Ulises Lima, el gran detective salvaje, el insigne poeta, el agitador, el nómada, el refinado y culto Ulises Lima, cómo había acabado trabajando de bedel en una universidad de Madrid. No encajaba con la imagen que había forjado en mi mente sobre el personaje (que ya no era personaje, que ya era persona, humano de carne y hueso que se dedicaba a arreglar los enchufes en los que conectaban los proyectores con los que yo aprendía neurociencia) en la que no había sitio para trabajos aburridos, para uniformes de un gris anodino. En mi mente Ulises Lima estaba viajando, conociendo a gente importante (mendigos que fueron cirujanos, divorciadas que se agarran al tranxilium como náufragos al bote salvavidas, pintores de la corte real), seguía escribiendo poemas agotadores. En mi mente seguía cruzando su vida de la manera más azarosa con su compinche Arturo. Me lo hubiese podido imaginar repartiendo panfletos en la puerta de una casa okupa o escandalizando a señoras de mediana edad en programas culturales de la dos. ¿Pero de bedel en una universidad? Algo ocurría allí y yo iba a averiguarlo.

Llegué a casa. Una cena frugal y al ordenador. Si Ulises Lima estaba en Madrid, en la red figuraría por algún lado. Tecleé Roberto Bolaño y pinché en el enlace a *wikipedia*. Buscaba pistas en la biografía del chileno que me llevasen hasta Ulises Lima. Y allí estaba la pista. Textualmente: "... donde junto con el poeta Mario Santiago Papasquiaro (quien serviría de modelo para Ulises Lima en *Los Detectives Salvajes*)..." Ahí estaba mi bedel: Mario Santiago Papasquiaro, poeta mexicano. Pinché en el link. Visioné rápido, buscando referencias a Ulises Lima. Premio de nuevo. Un extracto de una carta de Roberto Bolaño al poeta mexicano: "Estoy con las ventanas abiertas, afuera llueve, una tormenta de verano, rayos, truenos, esas cosas que excitan o que impelen a la melancolía. ¿Cómo está México? ¿Cómo están las calles de México, mi fantasma,

los amigos invisibles? ¿Sigue en pie *Al este del paraíso* o ya entró en el sueño de los justos? Cuando mejore mi economía apareceré por tu casa una noche cualquiera. Y si no, es igual. El trecho que recorrimos juntos de alguna manera es historia y permanece. Quiero decir: sospecho, intuyo que aún está vivo, en medio de la oscuridad, pero vivo y todavía, quién lo iba a decir, desafiante. Bueno, no nos pongamos estupendos. Estoy escribiendo una novela donde tú te llamas Ulises Lima. La novela se llama *Los detectives salvajes*. / Un fuerte abrazo R." Tenía a mi hombre. Sabía que Ulises Lima no era un personaje de ficción, sabía que existía en este mundo cuadrulado por el que transitamos. Y ahora sabía que estaba en Madrid, que trabajaba (sabe Dios por qué) en mi Facultad como técnico de mantenimiento. Era la posibilidad que había estado esperando para hablar de Bolaño, para explicar la conexión que había surgido entre nosotros, para hacer entender a alguien (y nada menos que al protagonista mismo del libro) que estaba escrito para mí, que palpitaba al mismo ritmo que mis venas, que se había metido en mi cabeza para no salir jamás.

Continué indagando en los retales de vida que me ofrecía Internet sobre Mario Santiago Papasquiario, y no tardé mucho en darme cuenta que aquel no podía ser mi hombre por la sencilla razón de que llevaba muerto casi diez años. Fallecido en 1998. ¿Entonces quien era el mexicano que arreglaba cosas en la Facultad de Psicología? ¿Un usurpador? Lo más sencillo habría sido pensar de nuevo en la casualidad o incluso en el fanatismo. Es decir que un tipo tan loco como yo se hubiese cambiado el nombre por el de un personaje de una novela que adoraba. Pero lo más sencillo no combinaba bien con mi fiebre, con mi paranoia, que por momentos se iba convirtiendo en psicosis. No, no era un usurpador. No era una casualidad. No era un fanático. Era el verdadero Ulises Lima. El del libro, no el poeta mexicano muerto en 1998 en el que se basaba el personaje. Era Ulises Lima liberado de las cadenas de la ficción, evadido del pesado yugo de la letra impresa, para hacerse carne, para moverse libremente sin las exigencias de un tipo despeinado que tecleaba durante días moviendo los hilos para que las marionetas bailasen a su son. Sí, ya sé que suena a locura, pero en aquel momento era realmente lo que creía. ¿Ustedes han leído el libro? Si lo han hecho, convendrán conmigo que Ulises Lima es capaz de eso y de mucho más.

Decidí entonces convertirme en un detective, salvaje y asalvajado, un tipo turbio, fumando tabaco negro en las esquinas más oscuras, acariciando el frío metal de revólveres imaginarios colgando de una sobaquera vacía. Perseguir al perseguidor. Vigilar al vigía. A falta de una gabardina adecuada y de un sombrero elegante, me coloqué un tres cuartos negros que había pertenecido a mi abuelo y me estaba como un saco y una viserita ridícula que no sabía de donde había salido y me dirigí, de esta guisa, a la Facultad. A las nueve en punto estaba apostado estratégicamente en una mesa frente a la sala de mantenimiento, con un libro abierto y un café humeante en un vaso de plástico.

No lo vi llegar, simplemente apareció por la puerta. Esa repentina aparición confirmó aún más mi idea de que era el Ulises Lima que yo creía, un ente fantasmal que se había escapado de un libro. Estaba de espaldas. Vestía el anodino uniforme gris que llevaban los trabajadores de la Facultad que se dedicaban al mantenimiento. Podía ver dos finos cables de color negro que ascendían hasta sus orejas para desaparecer dentro de estas. ¿Qué música escuchaba Ulises Lima? ¿Rancheras? ¿Death metal? Sería una de mis primeras preguntas, obviamente. Tenía el pelo revuelto y el cuello se veía sucio. Giró con rapidez hacía un pasillo, y apenas pude vislumbrar un esbozo de su rostro. Nariz aguileña y tez morena. Nada más.

Durante las siguientes semanas me dediqué a seguirle cautelosamente. Iba tras él por los pasillos de la Facultad, repletos de chicos con trencitas ridículas que hablaban a voces, chocando con chicas con los ojos excesivamente pintados. Se desplazaba por los pasillos con rapidez y parecía que nadie reparaba en su presencia, excepto yo. Siempre con mi café en la mano, con mi nuevo disfraz de detective, a distancia prudencial, pero sin perderlo de vista. Cuando lo engullía algún aula que necesitaba de sus servicios, me quedaba fuera, haciendo que leía un libro pero sin quitar la vista de la puerta que se acababa de cerrar. Cuando llegaban las cuatro y tenía que ir a la Biblioteca, me las ingeniaba para pasarme las dos primeras horas revoloteando por la sala de estudio, una sala con grandes ventanales que me permitían una magnífica visión de la entrada de la Facultad y de las amplias extensiones de

césped frente a ella, en la que, los días de sol, los estudiantes se afanaban en parecer interesantes, atrevidos y divertidos.

¿Qué hacía Ulises Lima en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid? Según las pesquisas que realicé durante esas semanas, las actividades del mexicano eran las siguientes. En primer lugar arreglar las cosas que se rompían. Iba por las clases examinando enchufes, televisores, radiadores, bombillas y proyectores, asegurándose de que todo marchaba bien. En segundo lugar, cuando terminaba su jornada, se apostaba cerca de la entrada, un tanto escondido entre las motos aparcadas y algunos árboles, fumando con tranquilidad, mirando al infinito, y esperaba a que se acercasen a él chicos y chicas que miraban frenéticamente a su alrededor para asegurarse que nadie los observaba. Ellos le daban dinero y él les daba bolsitas de plástico con un poco de marihuana en su interior. Sí, señores. Ulises Lima, el poeta real visceralista, era un camellito de poca monta en una universidad española. Esas eran sus dos principales actividades, pero no las únicas. Los días de sol, terminada la venta del día, se tumbaba en el césped retirado de los demás y sacaba un cuadernito de tapas verdes donde escribía con profusión y profunda concentración. Otros días se quedaba en un banquito y dejaba pasar el tiempo leyendo algún libro (de mi examen de su ficha de la Biblioteca pude descubrir que tenía gran interés en las teorías de Galton y la Eugenesia, así como en manuales ininteligibles sobre la anatomía del cerebro) Había otras tardes en las que simplemente fumaba, apoyado en el tronco mojado de algún árbol, y dejaba vagar la mirada, deleitándose con las minifaldas y los tacones que pasaban cerca de él. También descubrí, para mi sorpresa, la existencia de un affaire de índole amoroso (o simplemente sexual) entre la señorita de las gafas caídas de la secretaria y mi mexicano de ficción.

Mis investigaciones previas, lo que conformaba la primera parte de mi plan, duraron unas dos semanas. En esas dos semanas registré todos los movimientos y logré hacerme una idea muy aproximada de los movimientos rutinarios de Ulises Lima. La segunda parte de mi plan consistía en abordarlo en un pasillo y hablar con él. Quería conocer, quería saber. Quería que me hablase de Arturo Belano, de las calles fantasmales de México, de los real

visceralistas, de Juan García Madero, de Cesárea Tinajero, del desierto, de las serpientes y los coyotes, de poetas encerrados en psiquiátricos, de la música que escuchaba, de cómo consiguió salirse de las páginas escritas de un libro que yo tenía en mi mesilla de noche (y que desde el descubrimiento de su ficha en la Biblioteca no me había atrevido a abrir por miedo. Miedo a que todo hubiese cambiado, a que las páginas que hablaban de Ulises Lima se hubiesen quedado en blanco) para llegar hasta Madrid y dedicarse a vender marihuana a adolescentes atolondrados. Había elegido un miércoles en el que no tenía que trabajar en la Biblioteca como el día señalado. El lunes y el martes proseguí con mi seguimiento rutinario, sintiendo que la tensión iba en aumento a medida que se aproximaba la fecha elegida. La noche del martes al miércoles apenas conseguí dormir un par de horas. Imaginé el encuentro de mil formas distintas. Imaginé la voz, el dulce acento mexicano saliendo estertóreo de una garganta demasiado castigada por el tabaco. Intenté prever todas las posibilidades: la huida, el lloro, la agresión. Cualquier posibilidad estaba estudiada, nada podía salir mal.

Salí de casa temprano y con ojeras. El camino hasta la Facultad se me hizo interminable. La marea de gente que se movía como una masa uniforme y estúpida a la salida y entrada del tren, me daban una sensación creciente de angustia que nunca antes había sentido. Por fin llegué a la Facultad. Recorrí la distancia que separa la estación de cercanías a la entrada casi corriendo, a saltitos ridículos por el frío y apretando el paso por el vacío del estómago. Llegué y me coloqué en mi atalaya de las últimas dos semanas: la mesa frente a la sala de mantenimiento. El tiempo pasó. Pasaron las nueve y las diez y llegaron las dos. Los vasos de plástico manchados de café se acumulaban en mi mesa. Mordía, con el frenesí otorgado por el exceso de cafeína y la frustración, los ridículos palitos de plástico que servían para remover el café intragable de la máquina (y que en las últimas semanas se había convertido en el menú principal de mi dieta).

El jueves tampoco vino. Ni el viernes, ni el lunes, ni toda la siguiente semana. Aunque la desesperación iba en aumento, decidí comportarme como un detective de verdad. Pregunté a la única fuente conocida con algún vín-

culo con el escurridizo mexicano: la señorita de la secretaría. Me acerqué con cautela. Sabía que tenía que elegir las preguntas cuidadosamente. Un paso en falso y se cerraría en banda. Me sentía Philip Marlowe. "Buenos días señorita. ¿Por casualidad no sabrá donde está el chico de mantenimiento? Es que el profesor Carrobles me ha pedido que lo busque para que baje a la 107". No hizo falta mucho más para que aquel loro con el pelo rubio platino se derrumbase. Primero se quitó las gafas que seguían haciendo peligrosos equilibrios en la punta afilada de la nariz. Bajó la cabeza y se puso a sollozar. "No sé nada de él desde el miércoles... el martes se despidió como siempre y ya no lo he vuelto a ver... no contesta al teléfono... no sé nada... dígaselo al profesor..." Me costaba un mundo entenderla entre los hipos, los mocos que sorbía con estruendo y la voz gutural de quien intenta evitar el lloro sin conseguirlo. Pero el mensaje me quedó claro. Desaparecido. Esfumado. Ni rastro.

Y aquí, llegados a este punto, sí que puedo afirmar con rotundidad, y con la perspectiva que da el tiempo, que enloquecí. Volví a casa furioso. Cogí mi vieja bolsa de deportes, farfullando incoherencias, y la fui llenado de ropa sin prestar atención a lo que cogía. Salí a la calle con determinación y entré al metro en dirección al aeropuerto. "Buenos días. Un billete para el próximo vuelo a Barcelona" Quería respuestas y sabía donde encontrarlas. Me senté a esperar mi vuelo con las ideas más descabelladas bailando a su antojo en mi cabeza. Totalmente ofuscado, sin tener la consciencia de lo que hacía. No quiero que todo esto suene a excusa. Sabía donde iba y lo que hacía, pero la fantasía, la paranoia y la fiebre se habían apoderado de mí como nunca lo habían hecho antes.

Aterricé en Barcelona y cogí un taxi. "A la calle Pedro de la Creu, número 58". Sede de la Editorial Anagrama. Allí buscaría a Jorge Herralde. Él sabría, él leyó una carta en el funeral de Roberto Bolaño, él le conocía. Mi aspecto y mi comportamiento no deberían de ser muy normales, porque el taxista me observaba por el espejo retrovisor con gesto preocupado. "¿Te encuentras bien chico?" Creo que estaba hablando en voz alta, pidiendo respuestas al techo tapizado del taxi. "Sí, sí. Muy bien". Era la primera vez que estaba en Bar-

celona, pero apenas presté atención al paisaje que me mostraba, de manera zigzagueante, la ventanilla del taxi.

En apenas media hora, estaba pagando de manera ausente al taxista y descendía del vehículo. Una calle estrecha y un edificio de ladrillo visto. Esta era la dirección. Entré con paso decidido. Mi cabeza funcionaba a mil por hora y en mi garganta se iban acumulando más y más preguntas, amenazando con explotar en forma de gritos ante la primera persona que se presentase delante de mí. Y así fue. Una chica morena (no me pregunten más datos, porque no me fijé en nada más) Una mesa de escritorio enorme, cubierta de papeles y presidida por el monitor de pantalla plana de un ordenador. “¿En qué puedo ayudarle, señor?”, Una voz pastosa, con un fuerte acento catalán. Y, por fin, la explosión. Gritos, incoherencias, los nombres de Jorge Herralde, de Ulises Lima, de Roberto Bolaño, las mentiras de la ficción, gente que se escapa de los libros, un moreno que vende marihuana. La expresión de la chica iba mudando a cada nuevo exabrupto, pasando por la incomprensión y la indignación hasta llegar al miedo, cuando empecé a voltear los papeles de la mesa y a zarandear la frágil pantalla del ordenador. La chica empezó a teclear nerviosa en un teléfono, las cabezas curiosas empezaron a asomar por puertas en las que ni había reparado...

Y lo demás ya lo conocen. Vinieron ustedes, me esposaron y me trajeron aquí. Les agradezco que me hayan dejado explicarlo a mí, con mis palabras. Convendrán conmigo que no es algo fácil de contar, ni de entender. Ahora estoy más calmado, lo veo todo con mucha más claridad. Entiendo que mantenerse durante casi un mes a base de café no es saludable. Comprendo que los libros son libros y nada más. Que son historias que se inventan personas aburridas con poca vida social. Que las personas que aparecen, salvo que se diga lo contrario, solo existen en la imaginación de quien concibe esas historias. Conozco, y lamento profundamente, los problemas y desperfectos causados en la sede de la Editorial Anagrama. Espero que ustedes también sean comprensivos conmigo. Que entiendan mi paranoia, mi fiebre, los hilos invisibles que yo creo visibles entre ciertos relatos de ficción y yo. Quiero que sepan que mi estado mental siempre ha sido normal, que jamás he visitado

ni psicólogos, ni psiquiatras, ni ningún otro tipo de profesional de la salud mental. No tomo drogas, apenas bebo alcohol y mi vida se puede catalogar dentro de la más absoluta normalidad. Soy buen estudiante, buen hijo y buen amigo de mis amigos. Espero que todo esto pueda quedar en un simple incidente sin importancia. Ni que decir tiene, que estoy dispuesto a pedir disculpas a todas aquellas personas que se puedan haber sentido molestas o afectadas por mi comportamiento. Realmente lo lamento muchísimo.

Una vez dicho todo esto, y reiterando mis disculpas más sinceras, me gustaría que se pusiesen en contacto (anótenlo bien) con: Jorge Herralde, Juan Villoro y Rodrigo Fresán. Es necesario que hable de ellos de inmediato, para intentar averiguar de inmediato el paradero de Ulises Lima.